

LA TRAPA EN GETAFE

Convento del val de San José

LA ALDEHUELA

Manuel Díez Molina

Getafe, Marzo 2019

Aldehuela, es el topónimo del poblado árabe junto al arroyo Culebro. Este término viene de *alduwayya*, más tarde *aldegüela*. Actualmente es el diminutivo de aldea.

La Aldehuela se encuentra en la Salmedina cristiana, dentro de la Fahs al-Madinat árabe, que debió pasar a manos privadas tras la reconquista.

La zona de La Aldehuela perteneció al Real Monasterio del Escorial hasta el siglo XIX, ocupados por monjes Jerónimos. Con la desamortización de Mendizábal en 1835, fue dividida en varios lotes; el edificio principal y aproximadamente la mitad Sur-Noroeste de la superficie, fue adjudicada a un tal señor Beronda. La parte inmediata al Manzanares y a la confluencia de éste con el Tajuña, quedó en posesión de varios que representaban al Real Patrimonio. Una parte es conocida con el nombre de “Casa de Eulogio”, y otra era designada con el nombre de la *Aldehuela*.

Después de la muerte de Fernando VII, quedó su sobrina y esposa, Cristina de Borbón, madre de Isabel II, como regente (La Reina Gobernadora). En la ribera izquierda del Manzanares, frente a la Aldehuela existía un ancho canal de agua, el canal del Manzanares, que desde Madrid comunicaba con el Tajuña, y por este río y el Tajo se llegaba al Real Sitio de Aranjuez en bote o canoa; las aguas del Manzanares, llevadas al canal por medio de compuertas, facilitaban la navegación. Todavía hoy en día se pueden ver los restos de algunas de estas compuertas.

La Reina era una apasionada al paseo en bote a lo largo de este canal, y siempre iba escoltada por una sección de guardias de Corps, generalmente mandada por el oficial D. Agustín Fernando Muñoz y Sánchez.

Cerca de estas orillas del Manzanares, residía en una parcela del Patrimonio Real, el presbítero doctor D. Marcos Amiano y González Muñoz, y los vecinos de la comarca empezaron a llamar a la vivienda del sacerdote “*La Casa del Cura*”.

Como consecuencia de estos paseos y navegación por el Manzanares, de Doña Cristina de Borbón y siempre bajo la vigilancia de este oficial de Caballería, la Reina y el Oficial se enamoraron, pero las dificultades de posición, origen y razones de Estado, hacían imposible un matrimonio. Pero para la Reina esta situación tenía unas connotaciones morales y religiosas muy difíciles de solventar, por lo que, para evitar estos prejuicios, sus consejeros de mayor confianza resolvieron que la Reina Gobernadora celebrara matrimonio morganático con el oficial transformado ya en Duque de Riánsares (título nobiliario con Grandeza de España, creado el 12 de febrero de 1844 por Real decreto de la reina regente María Cristina, y concedido a su segundo esposo Agustín Fernando Muñoz y Sánchez). El cura de la Aldehuela bendijo secretamente, pero en nombre de Dios, la unión, que, según las altas exigencias del Estado en esa época, no debían unirse, pero así quedó a salvo sus creencias religiosas y morales. En prueba de gratitud, por haber bendecido la unión de Cristina de Borbón y el Duque de Riánsares, fue cedida en propiedad al presbítero Dr. D. Marcos Amiano y González Muñoz la hermosa finca de la Aldehuela, siguiendo éste, íntimamente ligado a la familia durante casi tres lustros, como capellán de Palacio y único confesor de María Cristina. Este sacerdote, diez años más tarde, vendió la finca en doscientas cincuenta mil pesetas a D. Fulgencio Tabernero.

A finales del siglo XIX, Don Fulgencio Tabernero, ofreció esta finca a los monjes cistercienses de Bellpuig (Lérida), para el establecimiento de un Convento, y es aquí

donde la figura del Padre Esteban (D. Arturo García de Cáceres y Maguregui, en la vida civil), adquiere un papel importante en el establecimiento de la Orden de la Trapa en Getafe. Nació en El Ferrol en 1840. Descendiente de una familia de marinos, Arturo sintió deseos de seguir el camino de sus ascendientes, ingresando a los dieciséis años en la Escuela Naval. Promovido a alférez de navío dos años más tarde. A los treinta y tres años era ya teniente de primera clase, confiándosele importantes destinos en los arsenales. Nombrado comandante en 1870, le dieron el mando interino del vapor *San Quintín*. Durante los diecisiete años que permaneció en la marina española desempeñó delicadas misiones por mar y tierra en Oceanía, Asia y América, realizando largas travesías siempre a satisfacción de sus jefes.

En 1875, y tras su paso por Cuba, experimentó un cambio radical en su vida, inclinándose por la vida religiosa. Empeñado en dar un viraje radical a su vida, solicitó su traslado a la Península. Así lo hizo, ya en Madrid, se enteró de la existencia de una Orden Religiosa, con fama de austera, llamada La Trapa, una rama de la Orden del Císter. Se puso en contacto con esta Orden, ingresando de novicio en la abadía de Divierto, Francia, y pasando sucesivamente por diversos conventos. Siendo ya prior del Monasterio de Bellpuig (Lérida) o las Avellanas. Este edificio era propiedad de la esposa del capitán general La Pezuela, que lo heredó de su anterior marido, gobernador de Lérida en la época de la desamortización de Mendizábal, y cuyo edificio y terrenos había adquirido en pública subasta. El anterior marido de aquella señora había destechado la iglesia y convertido el monasterio en casa de labor y una parte de él en habitaciones particulares. El distinguido general La Pezuela, que había sido particular amigo del P. Esteban, y compañero de armas, influyó sobre su esposa para que en una forma equitativa cediera o vendiera la propiedad y el monasterio a los Padres trapenses. Por fin la señora se decidió a vender las Avellanas, y como último precio exigió 200.000 pesetas por la finca. La buena señora hizo una proposición verdaderamente leonina; tener que dar la mitad de los beneficios de la finca a la dueña, lo que para cubrir los gastos de los religiosos con la otra mitad, era necesario producir mucho al efecto, y para producir mucho eran necesarios muchos y fieles brazos.

Así las cosas, y después de cuatro años, en que la Comunidad no habían hecho otra cosa que invertir en favor de la finca el producto de sus labores, el P. Esteban busca un lugar más amplio para la comunidad, y es cuando contacta con Fulgencio Tabernero. La familia Tabernero eran ricos hacendados salmantinos llegados a Madrid en 1845, que le ofrecen en venta la casa de la finca de la Aldehuela, pero la Comunidad no tenía suficientes medios económicos para comprarla, por lo que se constituye una Sociedad agrícola titulada “Progreso Agrícola S.A.” para labrar la tierra, con ayuda de los trapenses, y donando D. Fulgencio Tabernero y su esposa a esa Sociedad, la finca de la Aldehuela. El P. Esteban aceptó la finca, fue nombrado Director General, y el Sr. Tabernero Presidente del Consejo de Administración de la Sociedad y en compañía de los hermanos Fray Abraham y Fray Constante, se hicieron cargo de la antigua casa de labor y sus edificios.

No sólo entregó la propiedad a la Sociedad el Sr. Tabernero, sino que también facilitó dinero para el desarrollo de la misma; en nombre de la Sociedad “Progreso Agrícola”.

El día 24 de Mayo de 1889 veinte religiosos de la Comunidad de “Bellpuig” llegaron a La Aldhuela, pasando a denominarse ese lugar como Val de San José, iniciándose los numerosos trabajos de transformación de la casa. El resto de la Comunidad se quedó en la finca de “Bellpuig”, para terminar la recolección de los frutos. Entre tanto, los 20 religiosos que de “Val San José” se habían encargado, y los novicios que empezaron a llegar a las puertas del futuro monasterio, preparaban las más urgentes habitaciones para instalar el resto de la Comunidad que había quedado en “Bellpuig”. El 1 de Septiembre de 1890 salieron definitivamente de Bellpuig para “Val San José”, el resto de la Comunidad trapense, eran 50 religiosos, que, unidos a los anteriormente llegados y algunos novicios recién llegados, constituían un núcleo de cerca de 80 religiosos, y que en poco tiempo llegaron a 90 los monjes de “Val San José”.

Los religiosos transformaron la Casa de labor, aprovechando la rústica construcción, de una manera económica. El amplio y elevado granero, fue totalmente transformado para hacer una espaciosa capilla; en la parte oriental se dio forma ovalada al extremo cuadrado, resultando un presbiterio semicircular abovedado, en cuyos muros se fabricaron siete hornacinas para imágenes: tres en el fondo central del sitio designado para el altar, y cuatro grandes laterales; después, construyeron un artístico altar de madera. El dormitorio se construyó sobre la bodega, los dormitorios estaban separados por cortinas y los colchones eran sacos de paja, y el pajar se convirtió en refectorio. En el segundo piso, en lo que era el palomar de la finca, una vez arreglado y pavimentado, y abriendo ventanas para su ventilación, se estableció la Sala Capitular del convento, donde la comunidad en pleno asistía a Capítulo, los días de fiesta. También tenían un pozo, pero el agua era salobre. Tres veces por semana traían agua del canal del Lozoya, en un carro desde Getafe, que era la que empleaban para beber, mientras que la salobre la utilizaban para fregar los platos y cubiertos. Se alimentaban fundamentalmente de las verduras que cultivaban. Compraron algunas vacas para poner una lechería en Madrid.



Entonces arrendaron una finca contigua, convirtiendo en regadío 50 hectáreas de terreno, trayendo agua mediante una acequia, a través de la finca de La Torrecilla.

En abril de 1902, el Padre Esteban, artífice del establecimiento de la Trapa en Getafe, presentó su dimisión al P. Cándido Albalat, superior de la Orden. Tras doce años de intenso trabajo se retiró al convento trapense de Staouelli (Argelia), en donde falleció en 1904.



Al Padre Esteban le sucedió en 1902, como Prior el Padre Jesús Burbano, natural de Pedrola, Zaragoza, nacido en 1846. Era médico y no sólo atendía a los monjes sino que también cuidaba de los campesinos de la zona.

Este hombre enfermó de tuberculosis y fue enviado para su recuperación a Panticosa. Volvió al convento y finalmente falleció en agosto de 1904.

El Padre Pablo Gil le sucedió como Prior. Natural de Muro de Cameros, Logroño, y que llevaba desde 1890 en la Orden. Este hombre se tuvo que enfrentar a una situación complicada dentro del Convento, que atravesaba una grave crisis económica y sanitaria. En esa época existían diversas charcas, origen de un paludismo endémico. Con el esfuerzo de toda la Comunidad esas charcas se fueron secando, acabando con la epidemia. En ese momento estaban en el convento dos monjes Fray Columbano Feliú y Fray Fulgencio Pol.

Fray Columbano Feliú, natural de Burriana, tenía amplios conocimientos de horticultura y logra convertir 50 hectáreas en regadío.

En cuanto al Padre Fulgencio Pol, que tenía conocimientos del cultivo de la vid, recuperó viejos viñedos que estaban abandonados en la finca. Ayudado por Fray Abraham, que hizo estudios enológicos, consiguieron producir un vino de 15°-16°,

además de vino de misa, muy apreciado en Madrid. Lograron incrementar la producción de vino de 6.000 a 15.000 las cepas del viñedo.

A partir de este momento, se abre un período de bonanza, y se inicia otra nueva etapa de



mayor estabilización y desarrollo. Esto les obliga a alquilar otra bodega, próxima a la Estación larga (Ferrocarril Getafe-Alicante). También se arrienda otra bodega en Villacañas, lo que supone un salto enorme en la producción de vino. En 1925 se llegaron a elaborar 1.800.000 litros de vino.

Elpidio de Mier, monje Capuchino, en su libro **“Los trapenses: Apuntes históricos de la Trapa”**, Artes Gráficas Mateu, Madrid, 1912, hace una descripción del Val de San José, aprovechando su experiencia personal, vivida en el monasterio, y que, en gran parte, ha servido para escribir este pequeño relato sobre la historia de este convento. Transcribo a continuación, algunos pasajes de este libro, en la que hace una descripción del entorno del monasterio y de las labores agrícolas que realizaban los monjes:

“En línea recta, y desde la parte más alta de la calle de la Paloma, célebre en la Corte de España por la Virgen que le da nombre, se descubre allá lejos, en la mustia campiña, a unos 20 kilómetros en dirección Este, el histórico «Cerro de los Angeles», que aseguran es el punto central de España, y parece, por razón de la lejanía, diminuto montículo, coronado por el santuario de Nuestra Señora de los Angeles, como para enseñar al inteligente observador las austeras armonías de la árida llanura, acá y allá salpicada de manchas verdeoscuro, que las fecundas filtraciones del «nutrido» Manzanares hacen brotar en medio de la poco vigorosa planicie. A la derecha del histórico Cerro aparecen, como surgiendo de la llanura, las agudas espigas de las torres de Getafe, y más lejos, las de Leganés, y aún más distante, pero más airosa, porque de todas partes se descubre la acerada torre del telégrafo inalámbrico, que en el alto Carabanchel han instalado los ingenieros militares, que aseguran es, en potencia comunicativa, la segunda del mundo, y hace llegar sus despachos en alas de las ondas hertzianas hasta Londres, Viena y Petersburgo. A la izquierda del Cerro de los Angeles descubre la escrutadora vista las casas de labor de «La Torrecilla» y el pueblecito de Perales del Rio, y en superficie inclinada al Sur sigue la extensión, bordeada siempre por el Manzanares, hasta el fondo del valle, remendado por verdes manchas de almendros y olivos, sanos viñedos de nueva plantación, y cerrado por variada cadena de bajos cerrillos, con obscuras manchas de pequeños arbustos, que sobre la superficie rojiza que los forma, semejan agradable natural mosaico. Tal es el olvidado retiro que llaman «Val de San José».

Los austeros habitantes de ese valle, los laboriosos cultivadores de esos viñedos y los «huertanos» de la atendida huerta que se descubre a la derecha margen del callado

Manzanares, son los monjes TRAPENSES, los cuales, de una vieja casa de labor, han hecho amplio monasterio, y de la antigua y casi abandonada «Aldehuela» una bien atendida finca agrícola, donde, sin alborotos y calladamente, han llevado por un nuevo canal, que serpea la llanura, las nutridoras aguas del Manzanares, los adelantos de la industria y los más necesarios útiles agrícolas del progreso mecánico. Indudablemente, en estas cenicientas planicies castellanas existen delicados conjuntos de estética natural y elevadísimas armonías, que no llegan a afectar el alma del artista sino después de una detenida selección de panorámicos detalles, y «Val de San José» es uno de esos bellos escondidos rincones donde Naturaleza, pródiga, sembró a manos llenas sus inagotables primores y perspectivas indescriptibles, que inadvertidas pasan para el vulgo y sólo están reservadas a iniciados en los elevados secretos de la belleza.

¡El atardecer de «Val de San José» es delicioso! Va el sol cayendo entre encendidas gasas de vapores, y destácase en el rojizo fondo el solemne «Cerro de los Angeles», y como grano enorme de la protuberancia superficial el solitario santuario de la Virgen, y al lado, las afiladas espigas de los católicos templos de Getafe.

.... Los días agradables de Val San José, han sido para mí de paz, de tranquilidad, de ventura. Cuando al amanecer salía del monasterio á respirar el aire oxigenado de los cerros, donde diseminado tomillo esparce su vigor aromático, ya estaban los monjes arrancando á la ingrata tierra lo necesario para la vida: unos acarreando gavillas á la trilladora; otros apacentando los ganados en la majada; aquéllos allegando haces para el desgrane, ó inclinados, azada en mano, sobre las hortalizas, ó preparando la dinamo para transmitir fluido á las máquinas, ó reuniendo lo necesario para la vendimia, etc., etc., y... admirado de tan grata laboriosidad, hacía comparaciones de aquella vida excelente, tan distinta y superior á la agitada del mundo; más bella, más venturosa, más propia para adjudicar al mundo, á la humanidad, la ventura de que carece. Y pensé que era una injusticia que á pocos kilómetros de Madrid hubiera tanta virtud y tanta grandeza ocultas, y tanta ventura ignorada. Y como la caridad es difusiva, y yo había experimentado en aquella soledad días verdaderamente felices, empecé á estudiar algo de lo indescriptible de aquella casa y algo de la vida de tan abnegados religiosos”.

Ciro Bayo y Seguro (1859-1939), escritor costumbrista y pionero en la literatura de viajes, gran amigo de Pio Baroja, en su libro *“Lazarillo español. Guía de vagos en tierras de España, por un peregrino industrial”*. Librería de Francisco Beltrán, Madrid, 1911, relata su paso por el convento del Val de San José, y que transcribo, parcialmente, a continuación, (páginas 36, 39-43) y que nos ayuda a conocer cómo era la vida cotidiana del convento:

“Vamos a Getafe. El camino se despliega a través de un ancho sequeral, sin más relieves que un cerro aislado a lo lejos, el de los Ángeles, el ombligo de España, así llamado enfáticamente, porque se le considera el centro geográfico de la Península, y una pequeña colina donde se levanta Villaverde, nombre que es una lástima aplicarlo

a un caserío, cuya campiña está mermada y esquilmada por líneas de ferrocarril, carreteras, caminos vecinales, caleras y tejares, sin un árbol que los sombree.

... Salimos del soto, cruzamos rastrojos y olivares y en esto oímos el toque de Angelus, del mediodía. Miré a todos lados y no vi dónde estuviera la campana.

¿Oíste?, me dijo el hermano Pedro, que así lo llamaré en lo sucesivo, es el toque de nuestro almuerzo.

Apretamos el paso y al término de un olivar descubrí un caserón, que por granja diputara, a no ser por un pequeño campanario terminado en cruz.

-Es la Trapa de Val de San José, dijo el compañero, adelantándose a mi interrogación.

Entonces me di cuenta del por qué de los olivos, de las bien cuidadas vegas, alegres campos y viñedos de aquella zona, tan diferente de los sequerales comarcanos. Los Trapenses, en pleno siglo XX enseñaban a los madrileños cómo se funda una colonia agrícola a las puertas de la capital y en sitio que otros diputan por baldíos y de poco provecho.

En una plazoleta frente a la puerta del cenobio, vi un grupo de gente pobre esperando la sopa. Cuando nos vieron acercar nos miraron con la ojeriza de perros que ven disputarse su comida.

-Anda atando cabos, díjome mi lazarillo; si tú no fueras conmigo tendrías que formar en la rueda de estos infelices y esperar turno para ello. Siéntate aparte y déjame hacer. Espérame.

Así lo hice, desviándome a poca distancia, al pie de un árbol, en tanto que el hermano Pedro se sentaba en un peldaño de la puerta. Al rato ésta se abrió y aparecieron dos legos asiendo de una marmita colmada de humeante rancho. Otro donado venía con un saco de pan.

...Entre tanto me distraje viendo comer a los pobres, muy extrañados de que no metiera baza con ellos.

...A la legua se conocía que era gente de los alrededores, abonada a la sopa de los Trapenses.

... Una vez comidos se fueron los pobres cada uno por su lado..., quedándome sólo hasta cuando el hermano Pedro quisiera.

Pero no tardó en venir. A distancia me guiñó el ojo, y con un movimiento de cabeza diome a entender que le siguiera. A un tiro de piedra del convento paró en una umbría, y entonces nos reunimos.

-Estos Trapenses, me dijo, se dan muy mala vida. Ayunan perpetuamente y hacen una sola comida compuesta de una sopeja, patatas y legumbres cocidas, pan y agua. Pero a los forasteros los tratan a cuerpo de rey; así al despedirme, hanme regalado con esto para ayuda de viaje.

Y desenvolviendo un envoltorio de papel puso de manifiesto una oronda tortilla entre dos grandes rebanadas de pan, con dos lonjas de jamón.

...Ahora vamos a ganarnos la cena; pero prepárate a andar, porque esta noche hay que dormir en Cienpozuelos”.

Pero junto a esta bonanza económica, se produce una crisis de valores que también repercute en las vocaciones religiosas. Entre 1917 y 1927 entraron 76 postulantes para Coristas y 39 para Conversos, grados distintos de profesar en la Orden, pero finalmente, pocos se quedaban.

En 1912 es nombrado Prior el Padre Pío, puesto que ocupó hasta 1918. Era una persona afable y bondadosa. Su lema era “Todo por amor, nada por la fuerza”. El ritmo de trabajo al que obligaba el Prior era muy intenso. Se construyó un aljibe y se instaló una noria. Como consecuencia de este ritmo de trabajo, algunos frailes llegan a desfallecer, y rompiendo, algunos, las normas monásticas de la Regla. Algunos frailes se enfrentaron al Padre Pío, provocando su dimisión. En 1918 y como consecuencia de la dimisión del Padre Pío, es nombrado Prior el Padre Juan de la Cruz Sola, natural de Olite. Era una persona enérgica y firme en sus convicciones, que estimulaba el trabajo y la mortificación. No obstante tiene que proseguir con la labor del anterior Prior y tratar de acabar con la disidencia interna, llamando a Capítulo a toda la comunidad.



Otro suceso grave, que se produjo en esos años, fue la gripe de 1918: afectó a todo el convento. Entre 1918 y 1921 fallecieron 12 religiosos. La comunidad queda reducida a treinta religiosos.

Al Padre Juan de la Cruz le sucedes el Padre Isidro, natural de Antequera, que fue el último Prior del Val de San José. En este momento se enfrentan a una falta de vocaciones y unido a que la existencia de bodegas en Getafe y Villacañas, obligaba a que varios Hermanos vivieran fuera del monasterio, lo que

constituyó otro importante factor de malestar y desintegración. A todo esto, hay que añadir una serie de sucesos relacionados con prácticas homosexuales, una relajación de las normas del Císter, así como algunas muertes extrañas en el convento, y que tuvieron amplio eco en las publicaciones de los periódicos de la época. También se tomó en cuenta el emplazamiento del monasterio, con una condiciones higiénicas deplorables, como consecuencia de las lagunas, las plagas de mosquitos, la topografía, el clima, las malas comunicaciones, etc., por lo que se decidió buscar otro emplazamiento para el convento, visitando diversos lugares, llegando al monasterio de Nuestra Señora de la Oliva, fundación del Císter y que permanecía abandonado y en riesgo de ruina. Tomando la decisión de trasladarse a este lugar. Para ello se trasladaron algunos religiosos para ir preparando el convento, antes de que llegaran el resto de monjes.

Por fin, el 21 de mayo de 1927, salieron de la Aldehuela, con destino al monasterio cisterciense del siglo XII, Santa María la Real de la Oliva, en Carcastillo (Navarra), cerrando así su estancia de casi cuatro décadas en Getafe, permaneciendo allí, desde entonces y hasta el día de hoy, esta comunidad Trapense.



En la actualidad el convento del Val de San José está en situación ruinoso, después de que fuera abandonado en los años 80 del siglo pasado por sus últimos propietarios los Marqueses de Perales. Cabe destacar que en la Guerra Civil fue ocupado por las tropas republicanas que participaron en la Batalla del Jarama.

Entre los monjes que pasaron por este Convento de la Aldehuela, cabe destacar la del pintor sevillano **Pedro de la Vega y Muñoz**, nacido en Sevilla en Junio de 1846. Hijo del empresario Antonio Vega y Romero y de la mejicana Mercedes Muñoz. Se crio entre una familia de artistas, pues era hermano del escultor Antonio María de Vega y Muñoz. Discípulo de Gonzalo Bilbao, participa en la Exposición General de Bellas Artes con el cuadro *Un tipo de Tánger*. Posteriormente participaría en la exposición de la Academia de Sevilla de 1877, en las de Bellas Artes de Cádiz de 1879, con dos cuadros de costumbres, obteniendo una medalla de plata y en la de 1880 con *Una escena campestre*. Ya en este periodo alcanzó cierta notoriedad, pues en 1877 figuraba en la colección del filántropo James Lenox (1800-1880) de Nueva York, su cuadro *Picador*, junto a otras de León y Escosura, Zamacois y José Jiménez Aranda. Finalmente participó en 1882 en la exposición del salón de El Porvenir, en Madrid con la acuarela *Acotado* y en la Exposición General con *El Alcalde de Zalamea*. Pero al llegar el año de 1898, el artista sufre en Londres un desengaño amoroso que trastoca su existencia, por lo que decide cambiar de vida e ingresar en el monasterio de la Trapa, en el Val de San José. El pintor adopta entonces el nombre de **Fray Cesáreo Vega** y se acoge a las rígidas y estrictas reglas de la vida monástica. Ello no le impide llevar a cabo una extensa labor pictórica en las dependencias del monasterio. Pinta entonces grandes lienzos en el claustro, en la capilla y en la Sala Capitular, plasmando diversos motivos religiosos, como las representaciones de San José, de la Purísima Concepción y

del Vía Crucis. Finalmente muere en Getafe, en el convento del Val de San José en Noviembre de 1910.



Pedro de Vega y Muñoz. La buenaventura. Sevilla



Estos dos cuadros, son del pintor Pedro de Vega (Fray Cesáreo Vega) y que se encuentran en el Monasterio de la Oliva.

También hay que mencionar al **Padre Jesús Burbano**, segundo Prior del Convento en sustitución del Padre Esteban, como ya hemos mencionado con anterioridad. Era un rico hacendado de Pedrola (Zaragoza). Participó como empresario en la organización y movilización de los Propietarios agrarios de Aragón, a así le vemos en 1880, después de unas heladas importantes en el olivar en Zaragoza, participando como propietario de esa zona en reuniones en la casa Consistorial de Pedrola, con diversos agricultores de la zona y en las que actuaba como presidente (Gloria Sanz Lafuente: *“En el campo*

conservador. Organización y movilización de Propietarios agrarios de Aragón 1880-1930". Prensa universitaria de la Universidad de Zaragoza).

Antes de ingresar este religioso en la Orden de la Trapa se llamaba Germán Burbano Ruiz, era Doctor en Medicina y Cirugía y catedrático por oposición de la Universidad de Barcelona. Había nacido en Pedrola, provincia de Zaragoza, el 12 de Noviembre de 1856. El día 23 de Mayo de 1890 se presentó en el monasterio de Val San José y pidió su admisión en la Comunidad, y el 2 de Julio del mismo año tomó el hábito de novicio con el nombre de Fray Jesús María. Con expresa licencia de la Sede Apostólica hizo su profesión simple el 8 de Diciembre de 1891, y también con dispensa pontificia hizo la solemne profesión el 21 de Mayo de 1893. Las relevantes cualidades del P. Jesús le hicieron acreedor a los más delicados cargos dentro de la Comunidad, y el 17 de Mayo de 1892 fue nombrado subprior del monasterio, y elegido Prior titular el 19 de Julio de 1903; había sido ordenado de presbítero el 23 de Diciembre de 1893. Antes había ejercido la medicina en Zaragoza y Barcelona, y cuando se hizo pública su permanencia en Val San José, con autorización del juez de primera instancia de Getafe, dispensaba gratis asistencia médica a las personas de la comarca así como de distintas partes de España.

Había días que ni comía, ni asistía al coro, ni dormía, y abandonaba sus más urgentes atenciones por asistir a los numerosos enfermos. Cuando fue elegido prior titular buscó un médico ayudante, pagado por la casa, para él poder atender las cosas referentes a la Comunidad, pero sin abandonar su botiquín y sus pacientes. Aquel asiduo trabajo, y el contacto personal con los enfermos, le produjo una tuberculosis infecciosa que le impidió continuar sus tareas. Fue trasladado por su familia a Panticosa para su recuperación, pero fue inútil; un día se agravó su enfermedad y manifestó a su familia que le llevaran a Val San José para morir en su querido monasterio. Hasta el último momento conservó sus sentidos y exhortaba a sus hijos al cumplimiento de la perfecta observancia. Murió el 31 de Agosto de 1904.

Otro personaje importante que estuvo en El Val de San José fue **Fray Vicente** muy conocido escultor, ayudante artístico de D. Arturo Mélida, y más tarde de D. Juan Bautista Lázaro, arquitecto restaurador de la catedral de León. Su nombre en la vida civil era, Vicente Anaya y Vicens, nació en Valencia el año de 1840. Entre sus numerosas obras de arte figuran el hermoso báculo de plata dorada que en 1811 la isla de Mallorca regaló al Pontífice Pío IX, y una artística custodia dorada, de metal, de dos metros de altura, para el pueblo de Campos, en la citada isla. También restauró una antiquísima mesa de plata, propiedad del diputado mallorquín D. Fausto Torrella, que por su mérito intrínseco, varias veces ha pretendido adquirir el Museo Arqueológico de Mallorca. Es autor de los bellos y artísticos retablos de metal de la iglesia de los Padres Paules de Madrid. Su especialidad era el trabajo en metal y marfil. Restauró pinturas de retablos y dorados de la catedral de León, bajo la dirección del arquitecto D. Juan Bautista Lázaro. También en León, y perteneciente a la catedral, restauró una antigua imagen de la Virgen y un valiosísimo y antiguo retablo gótico. En el edificio de la Biblioteca Nacional de Madrid hizo numerosos adornos en piedra para los ventanales, y sobre todo, durante mucho tiempo, preparó los adornos del salón de manuscritos, y

restauró los antiguos artesonados allí colocados, que pertenecieron a una Cartuja y que por su mérito artístico fueron allí instalados.

Ingresó en el convento del Val de San José alrededor de 1909, en donde vivió totalmente retirado, trabajando en un pequeño taller, fabricando objetos sobre todo de marfil y de nácar, tales como pequeños objetos; crucifijos, la cabeza de un Ecce-Homo, etc.. No he podido averiguar cuando ni en donde falleció.

Y hasta aquí la pequeña historia que he podido rescatar de este convento trapense que se estableció en Getafe, con la esperanza de que nuestras autoridades locales se interesen y puedan evitar la total desaparición de los restos que aún existen, aunque muy deteriorados y en total estado de abandono.

Manuel Díez Molina

Marzo 2019

Fuentes:

Felipe Ximenez de Sandoval: “La Comunidad errante” 1959

Elpidio de Mier: “Los Trapenses: Apuntes históricos de la Trapa” 1912

Ciro Bayo Seguro: “Lazarillo español. Guía de vagos en tierras de España” 1911

D. Yáñez Neira, *El Císter, Órdenes monásticas zaragozanas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1987, págs. 313-318; “Un ferrolano ilustre desconocido”,

Fernando Alcolea. “Pintores españoles en Londres (1775-1950). V. El siglo XX.

Gloria Sanz Lafuente : “Organización y movilización de Propietarios agrarios de Aragón 1880-1930”